



“Cosas de América”: Algunas notas sobre la experiencia de Arturo Serrano Plaja en Estados Unidos¹

JOSÉ-RAMÓN LÓPEZ GARCÍA

GEXEL-CEFID-Universitat Autònoma de
Barcelona

Key words: Arturo Serrano Plaja, Exile, United States, Counterculture, Cold War, University of California

Resumen: Este trabajo propone una aproximación acerca del exilio en Estados Unidos del poeta Arturo Serrano Plaja, en especial a sus últimos años de vida transcurridos en la University of California de Santa Barbara, mediante la valoración que realizó de la realidad del país norteamericano en algunos de sus ensayos. De este modo, Serrano Plaja reflexiona sobre estos distintos elementos nacionales, sus significados políticos, religiosos y existenciales e intenta fusionar cada uno de ellos en sus últimos poemas.

Palabras claves: Arturo Serrano Plaja, Exilio, Estados Unidos, Contracultura, Guerra fría, University of California

Abstract: This paper proposes an approximation about the exile in the United States of the poet Arturo Serrano Plaja, especially his last years of life spent in the University of California of Santa Barbara, by means of the evaluation of the reality that realized of the North American country in some of his essays. In this way, Serrano Plaja reflects on these different national elements, their political, religious and existential meanings and try to merge each one of them in his lasts poems.

La labor de los exiliados republicanos de 1939 en distintos centros del sistema universitario estadounidense tuvo una presencia destacada en el estado de California. La nómina de escritores e intelectuales que, de modo esporádico o permanente, realizaron parte de su trayectoria profesional en universidades californianas nos sitúa de pleno en la intrínseca pluralidad de las culturas del exilio republicano. Pablo de Azcárate, Carlos Blanco Aguina-ga, Joaquín Casaldueiro, Américo Castro, Luis Cernuda, Enrique de Rivas, José Rubia Barcia, Pedro Salinas, Ramón J. Sender o Arturo Serrano Plaja son sólo algunos integrantes de un listado cuantitativa y cualitativamente excepcional.

Quisiera acercarme en esta ocasión a la figura de Serrano Plaja para ejemplificar un proceso detectable asimismo en otros itinerarios exiliados. Me refiero a cómo la experiencia de largos años de exilio se traduce muchas veces en episodios de crisis personal que afectan asimismo a las bases ideológicas y políticas que previamente habían caracterizado el proceder de estos autores. El caso de Serrano Plaja resulta especialmente extremo dada su anterior comprensión marxista del mundo y su brillante implicación y protagonismo en el seno de las vanguardias políticas de los años treinta. Baste ahora mencionar su papel como principal redactor de la “Ponencia colecti-

¹ Este trabajo forma parte del proyecto de investigación *La historia de la literatura española y el exilio republicano de 1939* [FFI2013-42431-P] financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

va” (1937) o la escritura de *El hombre y el trabajo* de 1938, considerado un libro fundacional de la poesía social española (Caudet 1978; López García 2008). Fiel compañero de viaje del Partido Comunista desde 1933, su progresivo distanciamiento a partir de los años cincuenta culminó con una sonada ruptura pública que se vería acompañada poco después de la conversión a una heterodoxa comprensión de la religión católica. En este sentido, la praxis poética de Serrano Plaja, como ya había sucedido en *Galope de la suerte. 1945-1956* (1958), mantendrá en sus posteriores entregas un marcado experimentalismo y tono personal, pero puestos ahora al servicio, primero, de la comunicabilidad de su desgarrada vivencia religiosa y, finalmente, a la recuperación de la memoria de su pasado familiar. Así lo testimonian sus últimos poemas, escritos casi en su totalidad en Estados Unidos: el libro *La mano de Dios pasa por este perro (Cadena de blanco-spirituals para matar el tiempo como Dios manda)* (1965) y las series “Descubrimiento y conquista de América, poema amoroso inconcluso naturalmente” (1963) y “Los álamos oscuros y La goma de borrar” (1970)². Una producción literaria a la que cabe sumar, además de varios ensayos a los que enseguida me referiré, la peculiar novela *La cacatúa atmosférica* (1977), ambientada en los paisajes californianos y que demuestra

la capacidad de Serrano Plaja para hacer de su opción religiosa un territorio abierto a la subversión, incluso en temas tan delicados para un católico como la Pasión de Cristo, que sabe cruzar hábilmente con los esquemas de la novela negra deudores de Raymond Chandler y con la tradición de los misterios medievales.

No obstante, mi intención no es entrar en el análisis de las causas de estos cambios ni en sus manifestaciones poéticas, cuestiones que ya he abordado en otro lugar (López García 2008). Mi interés se centra en comprobar si el contacto con la realidad estadounidense sirvió para reforzar y legitimar el radical giro ideológico y religioso de los últimos veinte años de la vida de Serrano Plaja. En este sentido, me ha parecido relevante que este momento de su biografía coincidiera con un periodo especialmente intenso de la historia estadounidense. Años en los que la guerra fría se halla en pleno apogeo y en los que mientras Estados Unidos proyecta una imagen de fortaleza como ejemplo de liderazgo del llamado “mundo libre”, simultáneamente tiene lugar la eclosión de toda una serie de movimientos contraculturales y de crisis políticas de enorme alcance para la identidad nacional norteamericana (misiles de Cuba, asesinatos de John Fitzgerald Kennedy y Martin Luther King, guerra de Vietnam). Movimientos que, al igual que

² Toda la poesía de Serrano Plaja escrita en el exilio, incluidos numerosos inéditos, ha sido recogida en *Descansar en la frontera. Poesía en el exilio (1939-1970)* (2007), edición de la que se toman las citas de este trabajo.



en ciudades como San Francisco, se manifestaron de modo especialmente intenso en la University of California.

En este sentido, sería especialmente interesante confrontar la expresión de esta realidad en la obra de Serrano Plaja con otras visiones que alumbran tanto la evolución del exilio republicano como la de distintas instancias ligadas en mayor o menor medida a la disidencia franquista y la transición a la democracia. Me refiero a figuras como el por entonces joven profesor Víctor Fuentes, quien llegó a la institución californiana en 1965, compañero de departamento en Santa Bárbara y que ha abordado en distintas obras su experiencia en Estados Unidos y, de modo particular, en California, como sucede en buena parte de *Morir en Isla Vista* (1999), novela publicada por su seudo-heterónimo Floreal Martínez, y en sus dos libros de memorias, *Bio-Grafía americana* (2008) y *Memorias del segundo exilio español (1954-2010)* (2011). Comparación a la que debería sumarse asimismo la presencia de José Luis López Aranguren, igualmente vinculado a la University of California tras la expulsión de su cátedra por parte del gobierno franquista en 1965. Un Aranguren que llegaría a mantener una notable amistad con el poeta y que asimismo reflexionó sobre Estados Unidos y, especialmente, sobre el ambiente contracultural que vivió de cerca en California, como

puede comprobarse en sus crónicas para el diario barcelonés *La Vanguardia* que luego agrupó en *Entre España y América* (1974). O, por último, Soledad Puértolas, alumna de Serrano Plaja y Aranguren durante una estancia en California a la que se ha referido en varios momentos mostrando un enorme agradecimiento y afecto hacia el exiliado español, alguien fundamental en su decisión de dar el salto al mundo de la escritura. *El bandido doblemente armado* (1980), su primera novela publicada, está ambientada precisamente en los paisajes californianos en que vivió aquellos años.

Todos estos textos, en suma, propician múltiples perspectivas sobre el enclave de Santa Bárbara y forman un conjunto en el que confluyen aspectos tales como la sublimación autobiográfica, los juegos con los moldes genéricos de la novela negra, la hibridación con modalidades ligadas al auto sacramental o la autoficción, así como reflexiones acerca de los significados políticos e intelectuales de los movimientos contraculturales y las reivindicaciones de las minorías que se produjeron en ese periodo y su virtualidad como espejo de las problemáticas españolas. Se abre así un juego de perspectivas en el que exilio republicano y actitudes de disidencia hacia el franquismo de muy distinto signo vinieron a coincidir en la dorada California³.

³ Análisis con mayor detenimiento estas distintas perspectivas en mi trabajo, de próxima publicación, "California Dreamin': visiones de la contracultura estadounidense en Arturo Serrano Plaja, José Luis López Aranguren, Víctor Fuentes y Soledad Puértolas".

La experiencia norteamericana de Serrano Plaja

La muerte de Arturo Serrano Plaja el 16 de junio de 1979 en el el Oak Convalescence Home de California ponía fin a casi dieciocho años de exilio en tierras estadounidenses. Se trata de un periodo de su vida y creación que ha sido leído con bastante menos interés que su brillantísima actuación durante la segunda república y la guerra civil. En esta desatención han influido varios elementos: el factor religioso que acompañó a su renuncia al marxismo, su crítica al compromiso del intelectual comunista, su ensayística más académica y ensimismada en lo literario y su poesía a contracorriente de los círculos exiliados y del interior.

Tras un largo y complejo proceso de desencanto político, su ruptura definitiva con el PC se había hecho pública con la aparición en abril de 1960 de su ensayo “Arte comprometido y compromiso del arte” en la revista *Cuadernos para la Libertad de la Cultura*, que constituye asimismo, en muchos sentidos, la presentación de su nuevo programa estético (López García 2008: 272-276). En 1961, y tras la muerte en España de su hermano Carlos, último miembro de su familia, decidió aceptar la sugerencia de su antiguo compañero Antonio Sánchez Barbudo de viajar a los Estados Unidos. Este traslado a tierras americanas junto Ingrid Kruse (Rusia, 13 de febrero de 1919-Santa Bárbara, 28 de marzo de 2002),

su nueva pareja sentimental, será definitivo, demostrando desde ese momento un enorme entusiasmo por el modelo de sociedad y de vida estadounidenses. Se ponía así fin a esa larga marcha como compañero de viaje que había iniciado en 1933, llevando consigo el evidente derrumbe de una cosmovisión de la realidad a la que se había entregado por completo, pero atesorando también un legado ético y estético al que, en muchos sentidos, nunca renunciaría.

Propuesto por Sánchez Barbudo como sustituto en su puesto de profesor en la University of Wisconsin (Madison) durante una ausencia suya de varios meses, allí impartió distintos cursos de literatura española entre 1961 y 1963. Tras ello, su segundo destino sería otra universidad de prestigio, University of Minnesota (Minneapolis), en donde trabajó entre 1963 y 1968 y alcanzó la categoría de catedrático. En 1968, a sugerencia de Enrique Martínez López, profesor en la University of California que había establecido una buena relación con Sánchez Barbudo durante los veranos de 1966 y 1967 que pasó como profesor visitante en Madison, se le abrió la posibilidad de ingresar en el centro californiano. En carta del 19 de agosto de 1967 a David Bary, jefe del Department of Spanish and Portuguese de la University of California, Sánchez Barbudo resumía el itinerario hasta la fecha de Serrano Plaja por las universidades estadounidenses:



Recibo hoy mismo carta de Serrano Plaja, [...] diciéndome que está en contacto con usted para una posible invitación de Vds. a ir a Santa Barbara. Como ya le dije al amigo Martínez López, aunque soy parcial con él pues es viejo amigo mío, creo realmente que no sólo estará él muy contento allí con Vds., si llega a ir, sino también Vds. con él. Es cumplidor, prepara las clases bien, y es persona en extremo decente y responsable en cuanto a sus obligaciones. Y muy leal como amigo. Aquí en Wisconsin, donde estuvo dos años, quedó muy bien, y Malvihill puede darle referencias de él, si lo desea. Y también entiendo quedó muy bien en Minnesota, como pueden testimoniar Pattison y otros. Es productivo —quizás ya sepa que sale muy pronto un libro suyo en Gredos sobre Cervantes— y muy estimable poeta. No sé si conoce usted *El hombre y el trabajo*, que publicó en 1939 durante la guerra. [...] ahí hay un nombrar poético, de los oficios, que viene de Neruda en parte (y a la vez del ansia de la palabra “desnuda” de JR) y en el que se adelanta a Celaya... En realidad Celaya plagió eso de Plaja, como puede probarse. Ahora anda metido en una búsqueda de Dios por vía “perruna”, con dejos quevedescos, algo original, divertido, interesante. Le voy a escribir diciendo le mande ese libro suyo que publicó Adonais hace un par de años, el primero suyo en España tras la larga ausencia del destierro.⁴

¿Cómo había percibido hasta entonces su nuevo país de exilio? En 1968 se había publicado *El arte comprometido y el compromiso del arte*, selección de ensayos cuyo último trabajo llevaba por título “Cosas de América”, un texto breve que subtítulo “Crónica ligera con una nota grave: La Libertad”. En sus catorce páginas se recogen varias de las impresiones de Serrano Plaja durante sus primeros cuatro años en Estados Unidos, periodo en el que muestra su pronta admiración por el estilo de vida norteamericano y en el que abundan las críticas hacia la antigua URSS. El anticomunismo de Serrano Plaja se había larvado de manera constante desde inicios de los años cincuenta (López García 2008: 247-251) y no cabe duda alguna de que estaba perfectamente asentado y de que fue a más durante su estancia en Estados Unidos. Así, el 7 de noviembre de 1961, recién llegado al país, escribe desde la Universidad de Madison a Joaquín Maurín para enviarle copia de dos novelas y tantear la posibilidad de su publicación. Una de ellas, *La verdad triunfa*, tiene como tema “uno de los famosos procesos comunistas, el de Praga, con sus monstruosidades y hasta unas ‘caritas’ que la prensa comunista publicó en

⁴ Debo el conocimiento de esta carta al profesor Enrique Martínez López (1926-2012), quien llegó a ser íntimo amigo de Serrano Plaja durante este último periodo californiano de su vida. David Bary, por cierto, tomaría buena nota de lo apuntado por Sánchez Barbudo acerca de Celaya —un tema por el que Serrano Plaja se sintió especialmente agraviado (López García 2008: 277)— y publicó un interesante trabajo sobre la cuestión: “De Serrano Plaja a Gabriel Celaya: apuntes sobre el tema del trabajo en la poesía española contemporánea”. *Papeles de Son Armadans*, Palma de Mallorca, LX, 180 (marzo de 1971), pp. 240-264.

el mundo entero, que dan escalofríos”⁵. En correspondencia con este anticomunismo, Serrano Plaja desarrolló un profundo respeto por Estados Unidos. A título de ejemplo, baste recordar el testimonio del ilustre científico español Francisco Grande Covián, con el que Serrano Plaja trabó estrecha amistad en Minnesota, quien recordaba como le habían llamado la atención “su entusiasmo por los Estados Unidos [y] su irreductible actitud crítica frente a la política soviética [...] a la que consideraba culpable de muchos de los males de nuestra época, incluyendo el catastrófico final de la segunda república española y el comienzo de la segunda guerra mundial” (195-196). Por el mismo testimonio de Grande Covián, sabemos del sumo interés de Serrano Plaja por las tesis expuestas por Jean-Jacques Servan-Schreiber en su exitoso *El desafío americano*. Datos, en suma, que corroboran la impresión de que Serrano Plaja consideraba los Estados Unidos como un lugar que había ganado la partida a Europa.

Los dos episodios más relevantes para entender esta temprana admiración son la crisis de los misiles de Cuba en octubre de 1962 y el asesinato de Kennedy en 1963. En el primer caso, Serrano Plaja relata lo que observó en la Unión de Estudiantes de la Universidad Madison y la actitud

de los estudiantes “radicales”, eufemismo empleado, como recuerda, para designar a los comunistas. El exiliado describe admirado cómo, en aquel ambiente de tensión, se permitió en dicha agrupación estudiantil que ese grupo debatiera libremente acerca de las razones de la URSS para llevar a cabo su acción, algo inimaginable, precisa, en “la Universidad de Kahrkov”. De ahí su conclusión: “Aquel día –aquellos días– de ‘lo de Cuba’, hube de aprenderlo más que nunca. La importancia de la libertad. La veracidad con que se lleva eso –eso, *nada más que eso*– de ser libre: aquí va en serio”; la acción de Kennedy fue para él “haber afirmado la libertad de defender la libertad” sabiendo “hablar el lenguaje que le corresponde precisamente a eso, a la libertad” (1968: 140). La contraposición entre Estados Unidos y la URSS en el contexto de la guerra fría se aborda asimismo mediante el ejemplo de las competiciones deportivas entre unos equipos juveniles de cada nación que pudo observar durante su estancia en la Universidad del Sur de California. Serrano Plaja remarca la ansiedad por conocerse entre los jóvenes de ambos equipos, constreñida en el caso soviético a la estrecha vigilancia a la que eran sometidos sus movimientos en grupo frente a la capacidad de los norteamericanos de moverse

⁵ Debo el conocimiento de esta carta, conservada en la Hoover Institution on War, Revolution and Peace de Stanford University (Joaquín Maurín Papers, 1870-1976, Box 10), a la profesora Olga Glondys, miembro del GEXEL y especialista en el estudio del exilio republicano de 1939 y la guerra fría. Hasta donde he podido averiguar, las dos novelas mencionadas en esta correspondencia parecen perdidas.



libremente. Este contraste entre los bloques soviético y norteamericano apenas si halla excepciones, como la del “pudor social” ante la muerte, que teóricos soviéticos como Trotsky (señala Serrano Plaja recordando una entrevista de Malraux al líder soviético que leyera en su juventud) achacan a la “inculcación de un supersticioso temor” fruto de la “educación milenaria de carácter religioso” mientras que la sociedad americana lo evidencia suprimiendo con eufemismos su presencia, aludiendo al muerto como “the loved one” (135-136). La última escena de esta “crónica ligera” remite al asesinato de Kennedy, evocando la suspensión de una clase al comprobar que sus alumnos estaban llorando por la muerte del presidente. Sin entrar en ningún tipo de comentario sobre el intenso debate político que comportó el asesinato de Kennedy (y poco después el de Lee Harvey Oswald), Serrano Plaja se limita a señalar que esta contrición nacional era una prueba de que el mandatario había sido “el político que tuvo el gran don de no ser únicamente ‘político’. Era Presidente de los Estados Unidos y *además* otra cosa” (141).

Como en estos dos ejemplos centrales, buena parte de estas notas no pasan de ser un bosquejo costumbrista que, por otra parte, apuntan el choque cultural ante la sociedad y el sistema de vida americanos. Por ejemplo, se nos habla de la publicidad aplicada a la industria alimentaria o de la sorpresa por la preocupación norteamericana por la sobrealimentación y por la

existencia de alimentos bajos en calorías en contraste con la subalimentación de otros países (128). También se alude al proceso de secularización de una sociedad en que las campanas que suenan, en Madison u otras localidades, no son las de las iglesias sino la de los bancos: “materialización poética [...] de los dólares entrando y saliendo en las arcas bancarias” (129). Fenómeno que, en una nueva confrontación, pone en paralelo con la pluralidad religiosa de un país que se manifiesta hasta en los símbolos más distintivos del progreso y modernidad estadounidense como puedan ser los moteles de carretera, que él mismo ha frecuentado a lo largo y ancho del país, en los que “siempre hay en la habitación una Biblia y, muy generalmente, una lista de las diferentes iglesias que ofrecen servicios en la localidad”, con estadísticas tan abrumadoras como la de que en un pueblo de 1400 habitantes existieran veintinueve iglesias distintas (129). También se alude a la primera visita a Nueva York con el relato de su insistencia en entrar a pie a Manhattan por el puente de Brooklyn para emular al Walt Whitman de una fotografía que había visto en su juventud. Una pretensión que deja perplejos a los neoyorquinos, que le indican el metro o el taxi como opciones, pero que logra realizar gracias a las explicaciones de un “chinito de Brooklyn” (131), depositario de una tranquilidad que han perdido los habitantes americanos. En este sentido, tanto en esta anécdota como en la siguiente, en la que comenta sus visi-

tas a asentamientos de tribus indias en localidades fronterizas con Canadá o Nuevo México, Serrano Plaja no entra en cuestiones que tengan que ver con la multiplicidad étnica del país, las desigualdades sociales o las reivindicaciones llevadas a cabo por parte de muchas de estas minorías raciales. El comentario no pasa de la crítica superficial a la mercantilización turística (productos supuestamente hechos por indios que son de origen japonés o alemán), la ironía de que uno de ellos le entregue una tarjeta en la que lee su nombre, “Abel Sánchez OQWA-PI” (“¿Qué hubiera dicho don Miguel de Unamuno si hubiese visto a su Abel Sánchez vivo, de carne y hueso, como don Miguel quería –sólo que en Taos y con dos coletas enormes, y dos teléfonos”), o la evaluación de los programas de subsidios gubernamentales como una manera de eludir el trabajo (“como muchos no son tontos, prefieren seguir siendo indios y dejar que hagan el indio los blancos con su civilización y sus ‘líos’”) (132-133). En esta misma dirección cabe situar la oposición que en el futuro manifestará hacia planteamientos progresistas como los de George McGovern, candidato del Partido Demócrata en las elecciones de 1972 ganadas por Nixon (Martínez López, 156). McGovern, al que muchas veces se ha definido como el candidato presidencial demócrata de ideas más cercanas al socialismo de la historia de Estados Unidos, propuso, entre otras medidas para erradicar la pobreza, la asignación de una renta anual gubernamental

para cada ciudadano, algo que Serrano Plaja consideraba un dirigismo estatal que anularía la libertad individual.

En este sentido, su estancia en Santa Bárbara le llevaría a estar presente en una de las comunidades universitarias políticamente más movilizadas de aquellos años, en pleno periodo de reivindicación de los derechos civiles de las minorías raciales y de protestas contra la guerra de Vietnam. En trabajos académicos como el pionero *La marcha al pueblo en las letras españolas (1917-1936)* (1980) o en su colaboración para el *Homenaje a Arturo Serrano Plaja* (1985) coordinado por Sánchez Barbudo y Aranguren, Víctor Fuentes ha valorado muy positivamente la figura del Serrano Plaja anterior a la guerra civil pero también ha marcado las distancias con el Serrano Plaja del exilio. Así, el segundo de los textos mencionados concluye con la siguiente nota a pie: “En el exilio y en los años de la guerra fría, Serrano Plaja, como tantos otros intelectuales marxistas europeos vive la ruptura con el stalinismo: replegado en sí, sigue escribiendo, en el corazón de una sociedad que lleva la fórmula dinero-mercancía-dinero al paroxismo y agarrado a un nuevo ‘clavo ardiendo’... Pero eso es la historia de otra época y parte del drama de la ‘España del éxodo y del llanto’” (Fuentes 1985: 105). En sus memorias o autoficciones ha sido mucho más explícito y crudo en el retrato del escritor, como sucede en el caso de *Morir en Isla Vista*:



En la otra ala del pasillo también tuvo su oficina-sepulcro Arturo Serrano-Plaja, cuyo poemario *El hombre y los trabajos* [sic] elogiara Antonio Machado. Vivió el trauma del exilio y del stalinismo. “Las he pasado putas” te soltó nada más conocerle, ya asido al salvavidas de su puesto de profesor de español en Estados Unidos. Si en la guerra sacara, junto a Alberti, los cuadros del museo del Prado, en otra operación de salvamento, ahora, a sus sesenta y tantos años y reconciliado con el capitalismo, se paseaba en un porsche descapotable azul por la Riviera de Santa Bárbara, donde se había comprado casa para resarcirse de tantos años a la intemperie. Pero la parca fue más rápida que el porsche y acabó con él en un devastador triple ataque al corazón que lo dejó unos cuantos meses de sobreviviente, aunque sin suficiente riego cerebral. En una de las últimas visitas que le hiciste, para felicitarle porque en España, y tras el franquismo, empezaba a ser rescatado del olvido, tomándote por un cura rojo te hizo su última retractación: “Las contradicciones del capitalismo son irresolubles” (Hernández: 82-83).

Las condiciones en que murió Serrano Plaja parecen haber marcado mucho a Fuentes, quien tituló el texto que dedicó al poeta tras su muerte y publicado en la revista *La Calle* “Morir de incógnito”, viendo en su caso un ejemplo paradigmático de la tragedia existencial del exiliado que asocia al anonimato y al olvido (Fuentes 2008: 57). De hecho, Víctor Fuentes aludirá a

su figura y a las penosas condiciones de su muerte en las otras dos obras que conforman lo que denomina su “trilogía memorialista” (Fuentes 2011: 13). Así, tanto en *Bio-Grafía americana* (2008) como en *Memorias del segundo exilio español (1954-2010)* (2011) evoca su fallecimiento en “uno de esos eufemísticamente llamados ‘Hogares para convalecientes’, en verdad, ‘Academias para la muerte’” (Fuentes 2011: 228)⁶. El retrato que efectúa de la muerte de Serrano Plaja, más que como una descripción objetiva de las condiciones en que se produjo este fallecimiento, parece estar actuando como proyección personal de sus propias angustias existenciales. Una imagen que, a partir del ejemplo de Habitación para hombre solo de Serrano Poncela, convierte a la habitación en que se muere en soledad y olvido en un espacio simbólico, en una especie de alegoría del exilio. Seguramente, dicha dimensión se origina ante la figuración que previamente había realizado de sus propias aspiraciones intelectuales y políticas en la persona del Serrano Plaja anterior al exilio: “Yo aspiraba a ser lo que él había sido en los años 30 y él, desengañado con el comunismo, se había dado un cambio de chaqueta de esos en que, como dijera César Vallejo, al que él tanto admirara, te rompes la espina dorsal.

⁶ “El día que le visité agonizaba en solitario, con una anciana, en silla de ruedas, agarrada a la cortina de la puerta de entrada y reclamando que aquella cama que ocupaba el moribundo español era la suya. La enfermera chicana me soltó, ‘Éste no pasa de esta noche’, y así fue” (Fuentes 2008: 60).

Cuando presenté mi candidatura para Jefe del Departamento, exclamó airado: ‘No, con Fuentes, esto sería el politburó’. De todos modos, le admiraba como poeta y por lo que había sido. Mantuvimos un soterrado afecto mutuo” (Fuentes 2011: 228). Las constantes identificaciones que Fuentes realiza entre él y los exiliados denotan la voluntad de insertarse en la comunidad exiliada, como bien a las claras manifiesta el título del último volumen de su trilogía (segundo exilio).

Soledad Puértolas traza un mapa de afectos distinto en la evocación de su antiguo profesor, pero similar en algunos aspectos con la visión de Fuentes. La escritora nos muestra a una persona tímida, muy reservada y adusta pero apasionada en sus clases, cuyas tendencias políticas eran evaluadas del siguiente modo: “Tenía, pues, reputación de ‘duro’ y reaccionario, a causa de su riguroso academicismo y de su integración en la vida americana, simbolizada en su casa de las colinas, de la que habíamos oído hablar, y su Porsche plateado de dos plazas que destacaba orgullosamente frívolo en el aparcamiento reservado a los profesores” (Puértolas 1985: 55).

Sin duda, los símbolos a los que aluden Fuentes y Puértolas debían destacar mucho en unos años en los que la Universidad de California había sido protagonista de múltiples manifestaciones políticas en la estela del mayo francés, con fuertes protestas universitarias en el periodo en que Nixon llegó a la presidencia y Ronald Reagan despun-

taba ya como gobernador del Estado de California. La más significativa de las movilizaciones estudiantiles ocurrió el 25 de febrero de 1970, cuando algunos estudiantes con apoyo de varios profesores quemaron la sucursal del Bank of America en Isla Vista, el barrio estudiantil adyacente al campus, acción acompañada de una brutal represión policial de resultados de la cual sería muerto un estudiante. Desde mediados de los sesenta, Isla Vista se había convertido en un foco de movimientos contraculturales con una amplia actividad política. Este contexto fue bien conocido tanto por Serrano Plaja como por sus otros colegas de departamento, Aranguren y Fuentes, quienes en cada caso y de particular modo, sí han dejado reflexiones y testimonios acerca de estos acontecimientos. Frente a las simpatías calculadas del Aranguren que edifica ya su papel de futuro intelectual de la transición o la implicación entusiasta y directa de Fuentes en estas movilizaciones, Serrano Plaja, de creer las explicaciones que Martínez-López ofrecía en su carta del año 2000 evocando asimismo el incidente de la quema del Bank of America, mostró su rechazo:

Ni qué decir hay cuánto el arrepentido agitador desconfiaba de quienes aquí buscaban la justicia arrojando “Molotov cocktails” al grito de “Power to the people”. Bien sabía Serrano que ese “people” en el Madrid de 1934 algunos días consistía exactamente en sólo cuatro individuos que en esquinas diferentes encendían petardos que espantaban y herían al pue-



blo de verdad. Y que el “pueblo” que entonces componía anónimas coplas revolucionarias “Éramos Alberti, otro y yo”. Este ayer peludo [alusión a su poema “La goma de borrar el pasado imborrable”] se le erizó, acusador, con los disturbios estudiantiles en Santa Bárbara.

Otros fenómenos vinculados a los movimientos contraculturales surgen, no obstante, con carácter más positivo en el ensayo de 1973 “¿Es la religión el opio del pueblo? ¿Será el opio la religión del pueblo?”, recogido luego en *¿Es la religión el opio del pueblo?* (1978), en el que se abordan las problemáticas de las drogas, el materialismo filosófico y la posibilidad de conciliar ciencia y religión. Serrano Plaja plantea la posibilidad de comparar la “filosofía implicada” en la famosa tesis leninista que encabeza su ensayo con “aquella significada por los sectores llamados ‘radicales’ de los países más industrializados”, “minorías radicales” que, en el caso de Estados Unidos, “proclaman como una de sus reivindicaciones contra el ‘sistema’ la legalización de las drogas” (1978: 1-2). En este sentido, apunta la paradoja que observa en la reivindicación del cuerpo propio como un territorio al que se tiene libertad para destruir si esa acción no trasciende la esfera individual, pues encuentra en ese tipo de argumentación una coincidencia con “el más sólido principio del ‘establecimiento’ al que combaten; *la sacro santa propiedad privada*” (4). Pero de modo parejo a esta reivindicación del valor de las drogas por parte de la juventud, también menciona

que se están reafirmando “los valores religiosos”, arguyendo en favor de esta idea el éxito en Broadway de *Jesuschrist Superstar* y el fenómeno del llamado Jesus People (5), ligados al movimiento hippie. Tras una extensa reflexión sobre las relaciones entre ciencia y religión que encuentra expuestas en primer término en los casos de Einstein, Planck y Heisenberg, el trabajo se cierra con una crítica a las “minorías ‘avanzadas’” que en Estados Unidos “son hoy ya tan libres como para reivindicar *como un derecho* la nueva esclavitud: la esclavitud de la droga” (15). A estas minorías contraponen la juventud que “está tanteando a ciegas una *nueva espiritualidad*” (16), movimiento en el que incluye todo tipo de “misticismos” orientales, ocultismos o astrologías o el ya referido movimiento Jesus People, presente asimismo en Europa y América Latina. En todo ello, Serrano Plaja advierte la demostración de las limitaciones del ateísmo materialista, por lo que la religión, antes que opio del pueblo, vendrá a ser “el despertador del pueblo respecto del sueño de la droga” (17). Alejado de todo activismo, Serrano Plaja desplaza en ocasiones este tipo de elucubraciones al terreno de una ficción literaria que adquiere así cierto sentido político. Su novela *La cacatúa atmosférica* se revela así como un compendio tanto de antiguos intereses y recurrencias como de esta nueva espiritualidad que ha renovado el imaginario que gira en torno a la figura de Cristo. En este sentido, Martínez López puntualiza que en

esta novela serán “unos dinamiteros americanos” (que el viejo protagonista exiliado compara con “los nuestros de la FAI”) y los “*antiestablishment hippies*” quienes querrán desenterrar a un Cristo que sólo podrán ver “unos niños, una ‘hija de puta’, un negro borrachín y una mejicana ignorante” (163). Es decir, minorías juveniles, sociales y raciales que deambulan por la imaginaria localidad de Arbol Seco City en busca de una nueva espiritualidad que los salve.

La valoración en general positiva sobre Estados Unidos no significa que la estancia del escritor en el país estuviera exenta de dificultades. Serrano Plaja contaba desde 1961 con un pasaporte español que hubo de obtener para poder viajar a Estados Unidos, documentación que le permitió además realizar su primer viaje a España desde su salida en 1939. El balance de la estancia que mantuvo desde mediados de 1967 hasta principios de 1968 fue negativo. Quedó desengañado de la España del desarrollismo, que enjuició como una sociedad materialista, opinión similar, en varios sentidos, a la que en parte había realizado sobre Estados Unidos. Es probable que en su desengaño influyera de modo

más determinante lo apuntado por Sánchez Barbudo, quien coincidió con él en Madrid durante algunos meses: “se sentía allí extraño, aislado, descontento [...]. Pero en su caso esa alienación del que retorna resultaba extrema. Y además estaba como de incógnito. No quería ver a nadie. Una de las razones, creo yo, es que quería evitar tener a que dar explicaciones sobre su evolución en lo político y en lo religioso” (Sánchez Barbudo 1985: 42)⁷. Previamente a este viaje, Serrano Plaja había padecido dificultades para normalizar su situación legal en Estados Unidos al demandar en 1962 la residencia permanente. Su significado pasado comunista fue un obstáculo para el Servicio de Inmigración que sólo se pudo superar cuando Walter T. Pattison, jefe del Departamento de español en Minneapolis, solicitó a su amigo Hubert Humphrey, político laboralista senador por Minnesota y luego vicepresidente, que se ocupase de este problema inmigratorio. Tras la presentación de su caso ante el senado de la nación, se votó una ley especial a favor de Serrano Plaja, quien vería así conseguida la ansiada tarjeta verde que confirmaba su “descubrimiento y conquista” americanos. En efecto, la esmeralda de “Descu-

⁷ En la carta ya referida del año 2000, Enrique Martínez López, al comparar la situación de Serrano Plaja con la suya propia y la de otros exiliados estadounidenses que viajaban habitualmente a España, sumaba además otros factores: “Lo diferente de Serrano en este grupo era que los demás (empezando por [Américo] Castro, Paco García Lorca y Sánchez Barbudo) íbamos a España a ver la familia y él no, porque no la tenía. Tampoco volvíamos cabreados, cosa que le ocurría a él. Cuando se jubiló pensó en mudarse a Paso Robles, un pueblillo al norte de Santa Bárbara, porque su paisaje le recordaba el de La Mancha. Luego intentaría sin éxito las Canarias”.



brimiento y conquista de América, poema amoroso inconcluso naturalmente” remite claramente a esta cuestión. Un poema que muestra la resolución global de tres ámbitos de crisis (amor, religión, exilio), pues, como señala Martínez López, está: “escrito en la primavera de 1964, tras una ruptura con Ingrid, seguida de reconciliación, presenta el júbilo de la reconquista amorosa [...] junto al del redescubrimiento de Dios y acaso la esperanza de obtener la famosa tarjeta verde de ‘residente permanente’ en Estados Unidos” (1985: 176). También se trata de un anticipo del juego con la memoria y las superposiciones espaciales España/América que acabarán confluyendo en su último libro proyectado, *Los álamos oscuros*, una vez que el paisaje californiano adquiriera su condición de enclave definitivo. Una categoría que ahora, en 1964, detenta el entorno de Minnesota presidido por el río Misisipi, nueva figuración del “galope de la suerte” de antaño que, resuelto en esta ocasión en clave manriqueña, va acumulando significados históricos, religiosos, amorosos y existenciales:

En la orilla derecha del río misisipi
que es el costado izquierdo de la sangre
según se mira a Dios
[...]
yo soy un español
pero no ejerzo
yo era un conquistador
ya queda dicho
de mucha mala muerte
mal dormida

[...]
la conquista de América es difícil
porque yo ando perdido por la selva
de mis tristes pecados
y voy de tumbo en tumbo en el desierto
por la seca arizona que se agrieta
[...]
hundido ya en el lecho del río misisipi
o río memorias
que se desborda sólo de pensarlo
se salen ya de madre los recuerdos
para hacerse ya río desbordado
torrente misisipi galopante
que nace por los montes remembranzas
y va a dar en la mar tempestuosa
y va a dar en la mar
que es el amor (299- 306).

Tras establecerse en California en 1968, una de las primeras decisiones de Serrano Plaja sería comprarse una casa de madera en lo alto de un cerro con vistas al Pacífico. Menos de un año después y ante la imposibilidad de la anulación eclesiástica de su primer matrimonio, el 12 de julio de 1969 se casaría por lo civil con Ingrid Kruse. En 1970 la pareja solicitó la nacionalidad estadounidense, trámite que en el caso de Serrano Plaja se fue demorando año tras año. Este retraso en la aceptación de su demanda acaso explique los preparativos para su segundo viaje en la primavera de 1975 a las Islas Canarias, abortado por un incendio de su residencia el 27 de marzo en que perdería cuanto contenía y cuya reconstrucción concluyó, azarosa y simbólicamente, el 14 de julio de ese mismo año. Sabemos de la indignación de Serrano

Plaja por el silencio administrativo acerca de su petición de nacionalidad gracias al borrador de una carta al senador Walter Mondale que probablemente nunca llegó a remitir. En ella afirmaba que este rechazo se debía al hecho de haber “luchado contra el fascismo antes de la Guerra Civil, y contra el golpe de estado franquista durante la Guerra Civil”, y declaraba no entender esa actitud hacia alguien cuya solicitud no provenía de la necesidad de ser estadounidense sino del deseo de serlo porque “to get the American nationality is the only way I have to say thanks to this country” (apud Martínez López: 188). Sin embargo, la muerte de Franco en noviembre de 1975 parece haber suscitado de nuevo las dudas acerca de esta cuestión de su nacionalidad, como evidencia la realización en el verano de 1976 del pospuesto viaje a Canarias “con la intención de explorar la posibilidad de jubilarse en España” (Martínez López: 189). La idea fue definitivamente desestimada y Serrano Plaja decidió pasar sus últimos años en Santa Bárbara donde murió con pasaporte español. Pocos meses después de su fallecimiento, llegaría por fin la respuesta del Immigration and Naturalization Service.

No obstante, de manera fragmentaria pero indicativa, podemos conocer otras valoraciones suyas acerca de la posibilidad del retorno o de la incipiente transición política en España. Apreciaciones que nos advierten de la imposibilidad de cerrar la cuestión del regreso y pertenencia nacional por parte de alguien para quien las recla-

maciones de su conciencia y de su pasado, agentes que edifican el omnipresente motivo de la culpa en sus poemas, son asimismo de orden nacional y político y no solamente religiosas o familiares. Así se deduce de dos cartas con las que reanudó, tras diez años, el contacto con Antonio Soriano, su antiguo compañero de exilio parisino propietario de la legendaria Librairie Espagnole del número 72 de la rue de Seine, quien tuvo la generosidad de facilitarme una copia de este epistolario. En la primera de ellas, del 30 de septiembre de 1977, le escribe:

No sé —NO lo creo— que tú hayas vuelto en el sentido rotundo y absoluto de la palabra. En todo caso, yo no lo he hecho y, lo que es peor, no creo que vaya a hacerlo. Aunque mi conciencia me insulte a cada paso por ello, el hecho es que me siento con muy pocas fuerzas. Lo de mi corazón, con los años, naturalmente no se ha arreglado. Vivo aquí pero, en términos materiales, llevando una vida tan rutinaria que casi casi no se puede llamar vivir. Dependo de los medicamentos y de esa rutina hasta un punto increíble. (Cuando se murió Franco, por ejemplo, de sólo pensarlo a poco me dio a mí la pataleta o poco menos). Y con todo no me quejo ni mucho menos. Voy tirando. De vez en cuando consigo escribir algo. Ahora en España se ocupan algo de mí.

En otro párrafo de esta misma carta, Serrano Plaja muestra su aprobación ante las primeras medidas adoptadas durante la transición, y se declara orgulloso de no haber participado en lo que considera un silencio cómplice con el franquismo por



parte de un amplio sector de la sociedad española que, a su juicio, estaba ahora por ello deslegitimado para la protesta:

Lo de España, hasta el punto donde yo lo sé, me parece que va lo mejor posible, digan lo que digan algunos impacientes. Por primera vez al cabo de los años mil se puede decir que uno es español sin sentir vergüenza. Por primera vez España aparece entre las naciones como una más, no de las peores precisamente, etc. De manera que muchos —¡muchos!— de los que han estado en España callándose la boca durante cuarenta años y que ahora gritan tanto, podrían tener un poco más de pudor. Es cierto, por ejemplo, que ni tú ni yo sabemos lo que hubiésemos tenido que hacer *de estar allí*. Pero el hecho es que no estábamos allí y por consiguiente ese silencio vergonzoso no nos atañe.

En consonancia con su evolución ideológica, hacia el final de la otra carta de fecha 26 de mayo de 1978, Serrano Plaja emplaza a Soriano a una próxima conversación epistolar en la que

volveremos a hablar de la situación de España, de lo que tú me dices y yo veo, aunque de lejos, de esa especie de habérseles subido la democracia a la cabeza a todos —o casi todos. Quiera Dios que la “borrachera” no pase a mayores para no dar pretexto a que de nuevo los generalitos vengán a joder la paciencia una vez más —pero entretanto, los que están haciendo tal cosa son esos nuevos “izquierdistas” furibundos que, estoy seguro, te ponen a ti tan rabioso como me ponen a mí por su irresponsabilidad y alegría estúpida. Que si Machado un día pudo hablar de “la trágica frivolidad de nuestros reaccionarios”, hoy eso, se podría po-

ner en *música* no sólo para “nuestros reaccionarios”. Y basta por hoy y perdona la brusca terminación y échala a cuenta de mi puñetero coranzocito.

El laberinto burocrático de Serrano Plaja y su insuperable sensación de desarraigo físico y existencial que le impiden reconocerse tanto en una orilla como en la otra hallarán su única compensación en el territorio del poema. Mediante el uso de un denso simbolismo, cada una de estas unidades de sentido cristaliza en una serie de imágenes y metáforas. Los álamos, la casa y la mesa familiares son acaso las más centrales y se manifiestan de modo muy logrado en sus últimas poesías hasta constituirse en una morada cordial de la memoria. Martínez López (158-163) ha destacado la resolución al problema espacial que viene marcándose en toda su experiencia como exiliado mediante la conquista del territorio físico, íntimo y religioso de la casa, entidad simbólica que es también una conquista segura y arraigada de las opciones estéticas, sin conflicto aparente con las tensiones políticas de toda su trayectoria. En este sentido, como destacara el poeta en una carta dirigida a Aurora de Albornoz, puede con ello construir un hilo conductor que va desde sus opciones marxistas a cristianas: “El que soy yo ahora, no puede —*ni quiere*— desmentir al que fui” (Albornoz 1985: 63). De ahí que, en lo fundamental de su actitud moral, permaneciera en el bando elegido muchos años atrás, como apunta

ese “morir así a la izquierda” de *La mano de Dios pasa por este perro* (286). No obstante, más que, como interpreta Martínez López, un punto de llegada a la solución verdadera de la asunción religiosa, tendríamos que hablar de una oscilación irresoluble entre el deseo de abolir la odiosa “propiedad privada”, que en el “Canto a la Libertad” de *El hombre y el trabajo* (1938) daba paso a las construcciones del hombre nuevo alzadas por “Los albañiles”, y este “castillo” o morada interior que las referencias a las señas particulares de su nuevo domicilio californiano presentes en *Los álamos oscuros* no hacen sino acentuar. De nuevo las coordenadas espacio temporales problematizadas en *Versos de guerra y paz* (1945) y *Galope de la suerte* (1958) centran el ámbito reflexivo de una identidad que ha vivido en el exilio el desarraigo y la exclusión del tiempo de la nación y del tiempo personal.

En 1970, *Los álamos oscuros* sirvió de título para una autobiografía lírica que, debido al incendio antes referido, sólo pudo ser escrita en parte. Más adelante, la antología de toda su poesía preparada por el propio Serrano Plaja y publicada póstumamente llevaría asimismo por título *Los álamos oscuros*, convirtiendo esa doble hilera de árboles de sus correrías infantiles en El Escorial en el espacio simbólico de la memoria, la reconciliación familiar y los años finales vividos en California. En estos últimos poemas, California-El Escorial terminan siendo una confluencia de espacios

y tiempos, una síntesis conciliadora tras su conversión religiosa que hará de la memoria un símbolo totalizador, la construcción de una nueva síntesis donde el yo solitario asume tanto la pérdida como el hallazgo que toda experiencia de exilio ha comportado:

Los álamos oscuros son dos filas
de álamos oscuros
que nos miran
son dos filas de sombras del camino
que nos miran pasar
así
según se va
del escorial de la memoria
al pueblo guadarrama del olvido
hieráticos y oscuros (313-314).

Se llega así a un espacio de diálogo, el “mañana que es hoy / que ya casi es ayer” (323), el de los álamos oscuros, símbolo de la memoria culpable y viva, que compensa los fracasados intentos de retorno a una España que no pudo encontrar ya sino como una topografía y un tiempo extraños e irreconocibles. La soledad solo puede ser acompañada ahora por el proceso rememorativo del sujeto y por el retorno a un pasado que se complementa con la visión actual de su definitivo lugar en este mundo; el arraigo logrado, a pesar de todo, como amargo y dulce fruto del exilio. Pero arraigo en una topografía que solo puede ser poética o proyección de la memoria, que solo en la palabra halla representación, pues únicamente en ese ámbito los tiempos



y los espacios tienen ocasión de ser incorporados en la construcción de una nueva síntesis donde el yo solitario asume tanto la pérdida como el hallazgo que toda experiencia de exilio ha comportado:

y mañana que es hoy
que ya casi es ayer con pintas verdes
me voy quedando solo
con un bosque con menos
con unos cuantos álamos oscuros
del escorial
de california (323).

BIBLIOGRAFÍA

- ALBORNOZ, Aurora de, "En memoria de un deseo", en José Luis L. Aranguren y Antonio Sánchez-Barbudo (eds.), *Homenaje a Arturo Serrano Plaja*. Madrid, Taurus, 1985, pp. 62-65.
- ANDERSON, Terry H., *The Movement and The Sixties Protest in America from Greensboro to Wounded Knee*. Nueva York, Oxford U.P., 1995.
- CAUDET, FRANCISCO, "Introducción" a Arturo Serrano Plaja, *El hombre y el trabajo*. Madrid, Ediciones de la Torre, 1978, pp. IX-LXXIX.
- FUENTES, Víctor, "Serrano Plaja y el compromiso del escritor en la España de la República", en José Luis L. Aranguren y Antonio Sánchez-Barbudo (eds.), *Homenaje a Arturo Serrano Plaja*. Madrid, Taurus, 1985, pp. 99-105.
- , *Bio-Grafía americana*. Valladolid, Fundación Jorge Guillén, 2008.
- , *Memorias del segundo exilio español (1954-2010)*. Madrid, Verbum, 2011.
- GRANDE COVIÁN, Francisco, "Recuerdos de Arturo Serrano Plaja en Minnesota", en José Luis L. Aranguren y Antonio Sánchez-Barbudo (eds.), *Homenaje a Arturo Serrano Plaja*. Madrid, Taurus, 1985, pp. 195-199.
- HERNÁNDEZ, Floreal, *Morir en Bella-Vista*. Zaragoza, Prames-Las Tres Sorores, 1999.
- LÓPEZ GARCÍA, José-Ramón, *Vanguardia, revolución y exilio: la poesía de Arturo Serrano Plaja*. Valencia, Pre-Textos, 2008.
- MARTÍNEZ LÓPEZ, Enrique, "Serrano Plaja en California: poeta en las nubes", en José Luis L. Aranguren y Antonio Sánchez-Barbudo (eds.), *Homenaje a Arturo Serrano Plaja*. Madrid, Taurus, 1985, pp. 149-191.
- PÚERTOLAS, Soledad, "Después de que se le quemase la casa a Arturo Serrano Plaja" (1980), en José Luis L. Aranguren y Antonio Sánchez-Barbudo (eds.), *Homenaje a Arturo Serrano Plaja*. Madrid, Taurus, 1985, pp. 54-61.
- SÁNCHEZ BARBUDO, Antonio, "Serrano Plaja en mi recuerdo y en sus poesías", en José Luis L. Aranguren y Antonio Sánchez-Barbudo (eds.), *Homenaje a Arturo Serrano Plaja*. Madrid, Taurus, 1985, pp. 11-46.
- SERRANO PLAJA, Arturo, *El arte comprometido y el compromiso del arte y otros ensayos*. Barcelona, Delos-Aymá, 1967.
- , *La cacatúa atmosférica*. México D.F., Joaquín Mortiz, 1977.
- , *¿Es la religión el opio del pueblo?* Madrid, José Porrúa Turanzas, 1978.
- , *Descansar en la frontera. Poesía en el exilio (1939-1970)*. Edición de José-Ramón López García y Serge Salaün. Sada. A Coruña, Ediciones do Castro, 2007.